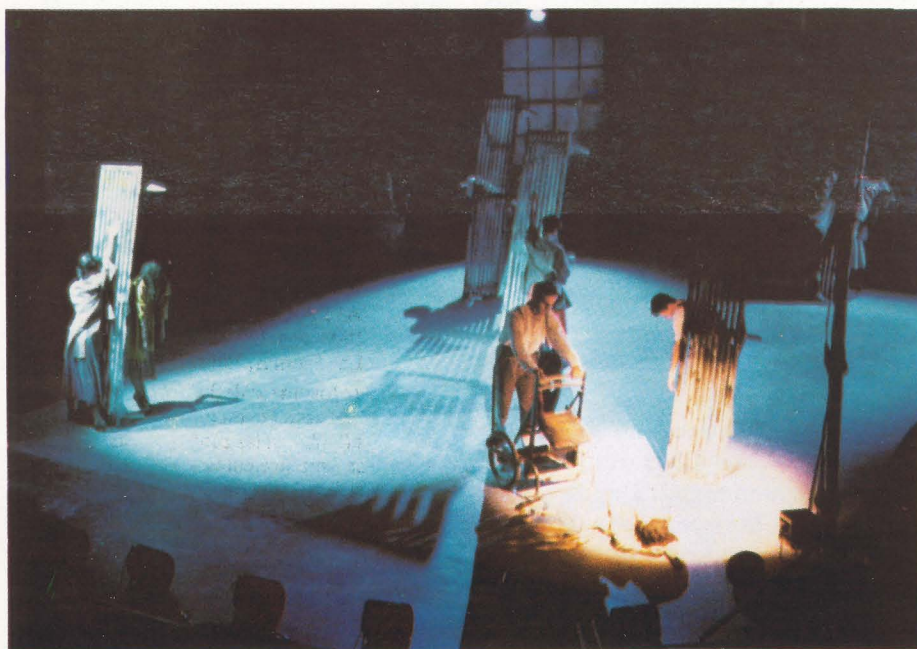


El ballet desde otra  
vertiente:

## “LITURGIA DE CRISTAL”



¿Es desde la estética donde el ballet cumple su función? Si lo consideramos en las coordenadas de Balarchine —no el coreógrafo de “La Chate” o “El hijo pródigo”— es posible que el esteticismo aparezca como función fundamental del ballet, aunque no hay que confundir lo que es estética con abstracción de la danza. Y aquí sí que hay tela que cortar, empezando por consideraciones de si el ballet tiene, además de su dependencia propia, determinada en la expresión corporal —no olvidemos aquella paráfrasis de Lifer: “En el principio era la danza, y la danza era el ritmo”—, otras que pueden confirmar su lenguaje como testimonio y fermento a la vez de otras plasmaciones artísticas, sin que el ballet pierda su energía axial; es decir, que no pierda su eje de intensidad y el poder conductor de su movimiento.

El último espectáculo del Ballet del Atlántico, “Liturgia de cristal”, aparece como una propuesta simbiótica entre la danza, el teatro y la música donde la noción del baile pierde su precisión académica —que no su sustancia de danza— para concretarse en una síntesis de aproximación al hombre de hoy y a su sinonimia de lo absurdo. Pero no es éste el “quid” de la cuestión; no es esto lo que se propone Anatol Yanowsky. Lo que se propone el director de “Liturgia de cristal”, es que partiendo de ese término —el absurdo del hombre, su angustia, su incomunicabilidad— y sin perder vínculos con ciertas literaturas como pueden ser las obras de Beckett o Ionesco, y también la existencialista, transmitir una idea que pueda ser expresada por esa simbiosis.

No sabemos si Yanowsky conoce aquello de Walter Benjamín de que no hay síntesis ni conciliación de los contrarios, sino coincidencia y choque. No importa si lo conoce o no; pero su espectáculo es todo un proceso de coincidencias y choques. Un juego de dialéctica —¿teatral?— en el que se imbrican a la coreografía la originalidad tanto de la música como del espacio escénico.





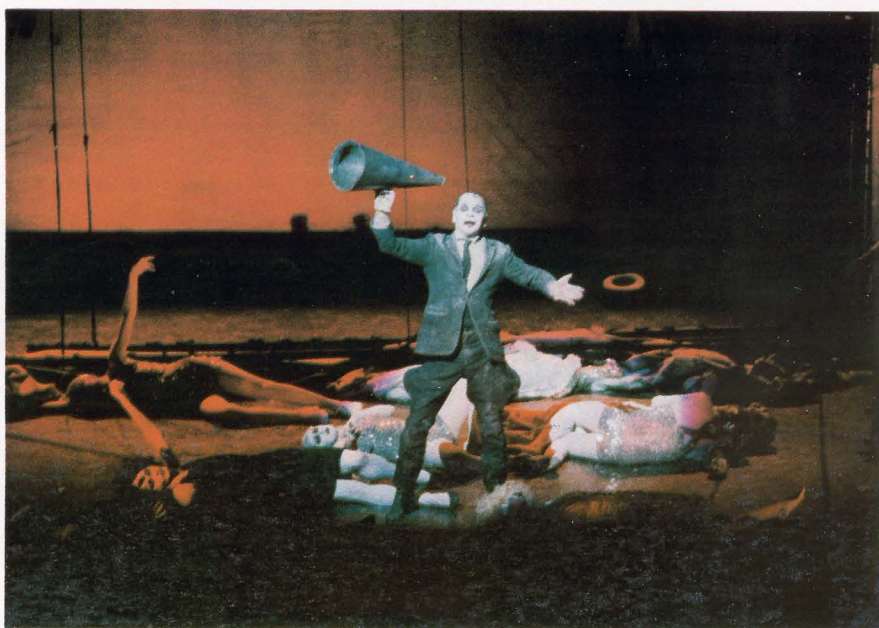
*“Liturgia de Cristal”,  
en la representación del  
Teatro Pérez Galdós, en  
Las Palmas de Gran Canaria.*

Se podrá estar o no de acuerdo con esta propuesta que hace el director del Ballet del Atlántico, pero lo que no se puede negar a “Liturgia de cristal” es esa plenitud de obra acabada, y hasta diremos de obra única, puesto que cada elemento que la sostiene, es una aportación original: la música de Alberto Delgado Prieto, la escenografía de J.C. Raymond. De la primera podemos destacar esa significativa dinámica del ritmo, que posibilita todas las conexiones de un ballet al otro, al propio tiempo que marca el carácter de la visión particular de cada uno. Música, pues, donde la rítmica se hace impulso activo, que no subordinado, a lo largo de todo el espectáculo. Cumple su función integradora. De la segunda hay que destacar su formidable disposición escénica. Una escenografía con claros reflejos expresionistas en esa atmósfera sublimada por la luz y los contrastes. Escenografía, en fin, de claro compromiso gestual.

“Liturgia de cristal” no hubiera sido posible sin esa asimilación de su papel de bailarines que, como Carmen Robles, Patricia Villamandos, Antonio Calero, Delia Mateo, Aida Lustres, Menchu Vargas, Laura Valenzuela, José Santiago y Begoña Mateos, y también el propio Anatol Yanowsky, dieron vida a este último e interesante espectáculo del Ballet del Atlántico.

**Agustín Quevedo**

## “Linsay Kemp”, de nuevo en el Pérez Galdós



En representaciones organizadas por la Caja Insular de Ahorros de Canarias, actuó en el Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas, “Linsay Kemp”, uno de los grupos de teatro más originales dentro de la actual vanguardia teatral europea. Sus actuaciones tuvieron lugar en los días 13, 14 y 15 de mayo ante un público que llenó el mencionado coliseo y que nuevamente pudo deleitarse con la presentación de una reciente obra del grupo: *Big Parade*, una excelente escenificación de los comienzos del cine, con sus productores, sus directores y sus divos, en una etapa que llega hasta la primera guerra mundial. Con la gran conflagración y después con el advenimiento del cine sonoro se rompe la magia del cine mudo —en la escena, el viejo *plató* salta hecho pedazos— y se desvanecen todos los personajes heroicos y encantados que en la obra se recuerdan como un homenaje del nuevo teatro al viejo cine.